



Erased una vez, en un lugar muy lejano, existía una tierra llamada el País de los Papirofléxicos, donde todo el mundo se dedicaba, evidentemente, a hacer figuras de papel. Pero allí vivía Origami, un chaval que no sabía hacer nada con el papel. Todo el mundo hacía barcos, pajaritas de papel, florecitas... Pero Origami, no sabía hacer nada parecido. Él solo sabía recortar corazones de papel o de cartón. Y eso, según decían los Papirofléxicos, no tenía ningún mérito.

Pese a todo, Origami continuaba recortando corazones porque le encantaba y se los regalaba a todo el mundo con la esperanza de ser uno más en el País de los Papirofléxicos. Regalaba a su familia corazones de todos los tamaños y colores. Sus padres, tíos, primos y hermanos, que se preciaban de ser una de las más respetables sagas del mundo de los papirofléxicos, pensaban que Origami era la oveja negra, una deshonra para el apellido, una mancha en el brillante legado.

—¿A quién le gustan tus corazones? La gente adora los barquitos y las pajaritas de papel, incluidos los aviones... ¡Haz algo de todo esto!

Pero Origami seguía haciendo aquello que más le gustaba y no dejaba de recortar corazones de papel, porque le encantaban. No entendía como el resto del mundo los podía despreciar, con su forma redondeada, sus curvas perfectas, su hermoso significado...

Sus padres, hartos, un día gris, decidieron echarle de casa. Y Origami se fue, a solas por el mundo, recortando y regalando corazones.

En mitad del camino, Origami pensó a dónde ir.

—Si a mí me gusta hacer corazones, podría emigrar al País de los Corazones.

Pero por mucho que preguntó a todas las personas con las que se cruzaba, nadie sabía dónde estaba ese lugar. Dudaban incluso que existiera. A pesar de todo, emprendió el camino. Anduvo y anduvo, regalando corazones a todos los caminantes que como él, vagaban por el mundo.

Sus pasos le llevaron al País de los Abusones, donde unos cuantos niños jugaban al parchís y se hacían continuas trampas entre ellos. El más grande se las hacía al mediano y el mediano al pequeño. No le gustaba esa injusticia a Origami, pero a pesar de ello intentaba integrarse regalándoles corazones de papel. Nadie le hacía caso, pero si muchas trampas. Decidió marcharse de allí

Visitó después el País de las Apariencias. La gente se ocupaba mucho de su aspecto, de estar siempre impecable, bien vestido, guapo y arreglado. Pero esa actividad absorbía toda su energía y además, la envidia les corroía. Todos y todas querían tener cada vez más ropa, y mejores coches y las últimas novedades, pero simplemente por el hecho de aparentar más que el resto. No había bondad ni solidaridad, no había interés en disfrutar de las cosas, solamente querían poseerlas para pasarlas por la cara al resto de habitantes. Los corazones de Origami les parecieron una cosa ridícula y sin valor. Le despreciaron y triste, se marchó de allí, de nuevo en el camino.

En el País de los Maquinetas, los niños se pasaban el día jugando con sus dispositivos móviles y consolas de videojuegos. No levantaban la vista de las pantallas, ni siquiera hablaban. Origami intentó interactuar con ellos, pero cambiaban y cambiaban de juego, sin disfrutarlo, sin entretenerse. Aquello era una auténtica adicción. No bajaban al parque, ni reían, ni se miraban a la cara... Aquel no era lugar para sus corazones.

En el País de las Mentiras, Origami no entendía nada. La gente se pasaba el día inventando trolas, cada vez más inverosímiles, que les hacían mucha gracia. A Origami se le ocurrió decirles que aquello no estaba bien y que los niños no deben decir mentiras, pero nadie le hizo caso y además, despreciaron sus preciosos corazones de papel.

También estuvo en el País de los Hombres y las Mujeres sin Alma, pero está claro que allí nadie sabía qué significaba tener corazón, porque el alma y el corazón van siempre cogidos de la mano.

Origami, sin perder la esperanza, seguía y seguía andando.

Muchos años pasaron y muchos países visitó, hasta que un día, paseando por un camino entre los árboles, se encontró con una chica.

—¡Hola! —dijo Origami—. ¿Cómo te llamas?

—Me llamo Ana ¿Y tú?

—Me llamo Origami.

—Y... ¿de dónde eres Origami?

—Vengo del País de los Papirofléxicos.

—¡Cómo mola! —le dijo Ana— ¿Me puedes hacer una pajarita de papel?

Entonces, Origami, que estaba muy contento por tener una nueva amiga se puso muy triste y le dijo:

—No sé hacer ni pajaritas de papel, ni barquitos, ni aviones. Solo sé recortar corazones.

De repente, Ana sorprendió a Origami y, por primera vez en su vida, escuchó las palabras más mágicas que nunca hubiera nadie pronunciado.

—¡Qué chulo! ¿Harías un corazón para mí, por favor?

Origami, sin poder creerselo, se puso muy contento y empezó a recortar un corazón con una cartulina rosa muy bonita que tenía para las ocasiones especiales, cuando se sentía triste. Entonces, siempre hacía un corazón para sí mismo. Pero ahora, feliz y contento, empezó a recortar el corazón para Ana. Las manos le temblaban y no podía quitarse la sonrisa de la cara.

Ana también sonreía. Estaba muy contenta de que alguien quisiera regalarle un corazón, pues nunca nadie le había regalado uno. Cuando Origami hubo acabado se lo dio Ana, quién muy contenta dijo:

—Yo era del País de los Abrazos, pero me fui porque no me gusta dar abrazos. A mi solamente me gusta dar besos. Pero nunca nadie quiso uno de mis besos. Por eso me fui... Pero si quieres puedo darte uno a ti. Se darlos muy bien.

—¡Vale! —dijo Origami—. A mí nunca nadie me ha dado un beso...

Entonces, Ana se acercó y le dio uno, muy tierno. Origami se puso rojo, pues era lo más bonito que nunca nadie le había regalado. ¡No se lo podía creer!

Desde ese día Ana y Origami fueron muy amigos, y cuando alguno de los dos estaba triste, se recortaban mutuamente un corazón o se daban un beso.

Porque no hay nada mejor en el mundo que encontrar tu lugar en él acompañado de gente que te entienda, te respete y este dispuesto a compartir contigo lo que mejor saben hacer.